



Perfiles Latinoamericanos
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
publicaciones@flacso.edu.mx
ISSN (Versión impresa): 0188-7653
MÉXICO

2004
Araceli Damián
EL CRECIMIENTO DEL EMPLEO Y LAS ESTRATEGIAS LABORALES DE
SOBREVIVENCIA EN MÉXICO. APUNTES PARA UN DEBATE
Perfiles Latinoamericanos, junio, año/vol. 12, número 024
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Distrito Federal, México
pp. 143-168

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México



El crecimiento del empleo y las estrategias laborales de sobrevivencia en México. Apuntes para un debate

ARACELI DAMIÁN*

Resumen

El artículo analiza la relación entre los cambios económicos y la participación laboral. Pone en tela de juicio la tesis sobre el aumento de la oferta laboral de los miembros del hogar ante la caída del ingreso. Para ello examina críticamente las metodologías y la información de diversos trabajos sobre la evolución del empleo a nivel micro y macro. Con base en información sobre empleo en México (1979–1991), en la ciudad de México (1979–1999) y en 16 ciudades grandes (1988–1999), muestra que, a pesar de que las estrategias laborales se pudieron haber establecido a nivel micro, esto no modificó la tendencia a la contracción del empleo (o bien de su ritmo de crecimiento) durante las crisis económicas.

Abstract

This article analyzes the relation between economic changes and labor participation rate. It questions the thesis regarding the incorporation into the labor supply of more household members in response to a fall in income. To do so it examines critically the methodologies and information of several texts dealing with the evolution of employment at the micro and macro levels. On the basis of information on employment in Mexico (1979-1991), in Mexico City (1979-1999) and in 16 other cities or large towns (1988-1999), it shows that, even if such labor strategies may have been put into effect at the micro level, this does not offset a general tendency towards contraction of employment (or at least to a declining rate of growth) during economic crises.

Palabras clave: estrategias de sobrevivencia, tasa de participación laboral, tasa de participación equivalente, empleo, participación laboral de jóvenes y mujeres, crisis económicas, ciudades.

Key words: survival strategies, rate of labor participation, equivalent participation rate, employment, labor participation of women and young people, economic crises, cities.

* Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

Durante la década de los ochenta se registró una de las más graves crisis de la economía mexicana. El gobierno del país —como los de muchas otras naciones en desarrollo— aplicó una serie de políticas encaminadas a superar los desequilibrios macroeconómicos, como por ejemplo, el control del tipo de cambio, la reducción de subsidios y el reajuste de precios de bienes y servicios públicos, la reforma fiscal y el control de la inflación vía contracción salarial, entre otras.¹ Se denominó ajuste estructural al conjunto de estas políticas basadas en las recomendaciones de los organismos internacionales de ayuda (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional). Pero tales medidas no han logrado hasta ahora restablecer en el corto plazo el crecimiento económico y la pobreza aumentó en los países afectados por la crisis de la deuda. En México, la pobreza por ingreso pasó de 48.5 por ciento en 1981 a 64 por ciento en 1989.² Asimismo, el Producto Interno Bruto (PIB) per cápita se contrajo más de 9 por ciento entre 1982 y 1989,³ si bien la tasa de participación en la fuerza de trabajo aumentó de 45.5 por ciento en 1979 a 52.5 por ciento en 1991.⁴

En la segunda mitad de los años ochenta y principios de los noventa se emprende una serie de trabajos que intentan explicar el incremento de la participación laboral en diversos países en desarrollo —entre ellos México—, a pesar de la contracción del PIB. Cornia señala que

para la mayoría de los hogares de bajos ingresos (ya sea que participen en el sector informal o no), el ajuste trae consigo una variedad de adaptaciones —conocidas como estrategias de sobrevivencia— en la creación y uso de recursos (participación de la fuerza de trabajo, migración, consumo, etcétera.). A estas estrategias se les atribuye comúnmente el potencial de reducir pérdidas en el bienestar durante periodos de contracción.⁵

Entre las que este autor llama “estrategias para la generación de recursos” figura la del “incremento en la oferta de mano de obra a la economía”.⁶ Con base en resulta-

¹ Véase Damián, 2002, capítulo II.

² Los cálculos son de pobreza por ingreso y la línea de pobreza (LP) es igual al costo de la Canasta Normativa de Satisfactores Esenciales elaborada por Coplamar (1983). Datos de la CEPAL y el Banco Mundial también informan que la pobreza aumenta en este periodo: de 36.5 a 47.8 por ciento y de 25.0 a 36 por ciento, respectivamente. Véase Damián y Boltvinik, 2003, gráfica 1, p. 523.

³ *Ibid.*, cuadros II.3 y II.5, pp. 51 y 56.

⁴ Cálculos propios elaborados con base en SPP (1980) e INEGI y STPS (1993). No se tienen observaciones de escala nacional sobre el empleo a principios y finales de los años ochenta; por tanto, uso la información disponible más cercana para referirme a ese periodo.

⁵ Cornia, 1987, p. 90.

⁶ *Ibid.*, p. 94.

dos de investigaciones realizadas en naciones en desarrollo durante los años sesenta y ochenta, Cornia concluye que “la crisis económica ha aumentado la participación de miembros de la fuerza de trabajo ‘no primaria’ [mujeres, adolescentes y ancianos] en la producción mercantil”.⁷

Sin embargo, debido a la caída del PIB durante el decenio de los ochenta y, por consiguiente, a la reducción de la demanda global de mano de obra, el aumento de las tasas de participación constituye un indicio de que el empleo en aquellos países es —o era— determinado por la oferta de trabajo, sin importar las condiciones de la demanda. Surgen, por tanto, una serie de preguntas en torno a dicho incremento.

- 1) ¿Es posible que el empleo aumente en periodos de crisis?
- 2) ¿Qué grupos sociales reaccionan ante la caída del ingreso?
- 3) ¿Qué miembros del hogar se incorporaron al mercado de trabajo?

Consideré representantes de la corriente de pensamiento aquí denominada “de las Estrategias Laborales de Supervivencia” (ELS) a investigadores según los cuales el aumento de miembros por hogar que participan en el mercado de trabajo —o de las tasas de participación en la fuerza de trabajo— se debe, parcial o totalmente, a la caída del ingreso sufrida durante los años ochenta en México; por ejemplo: González de la Rocha, 1988 y 1991; González de la Rocha *et al.*, 1990; Benería, 1992; Tuirán, 1992; García, 1994; García y Oliveira, 1994; Cortés y Rubalcava, 1991, y Cortés, 1997.⁸ Sin desestimar el esfuerzo que tal respuesta pudo significar para algunos hogares, el supuesto de que éstos son capaces de reaccionar mediante un uso más intenso de su fuerza de trabajo llevó a pensar que tal estrategia evita, o por lo menos aminora, el deterioro de las condiciones de vida de las familias en épocas de crisis y ajuste. Sin embargo, como vimos, la pobreza en México aumentó rápidamente a pesar del crecimiento de las tasas de participación. Enseguida examino algunos de los trabajos de investigación que registraron ese fenómeno en dicho país durante los años ochenta.

⁷ *Ibid.*, p. 95.

⁸ Reviste gran importancia mencionar que no todos estos autores tienen como objetivo analizar sólo los cambios de los niveles de participación de la fuerza de trabajo, pues algunos de ellos —como González de la Rocha, Benería y Tuirán— se refieren a una serie de estrategias de supervivencia como, por ejemplo, cambios en lo laboral, en el tamaño y la composición de las familias, en el consumo de alimentos y en los patrones de gasto en general, mientras que otros estudiosos, como Cortés, se proponen ante todo examinar los factores de los cambios ocurridos en la distribución del ingreso, y otros más, como García, se centran en las variaciones registradas en la oferta laboral.

El carácter contracíclico de las estrategias laborales de sobrevivencia

De acuerdo con Escobar, a las ELS se les atribuye un carácter contracíclico: “para ciertos investigadores (González de la Rocha, Escobar, Tuirán, Cortés) el trabajo adicional es contracíclico: la población económicamente activa (PEA) tiende a aumentar en condiciones de crisis y reestructuración”.⁹

González de la Rocha (1988 y 1991) realizó uno de los primeros trabajos micro-sociales sobre las estrategias de sobrevivencia en México con una muestra no representativa de hogares de la ciudad de Guadalajara.¹⁰ Según esta autora, sus resultados muestran “una respuesta racional-colectiva ante la crisis económica [...] la intensificación del trabajo asalariado [...] a través de un mayor número de miembros en el mercado de trabajo”.¹¹ Sin embargo, a pesar de que en efecto se produce un aumento del número de trabajadores por hogar entre 1982 y 1985 (de 2.13 a 2.69), hay indicios de que el mismo se debe en parte a variaciones del tamaño y la estructura por edades de las familias estudiadas. En el mismo texto se afirma que los grupos domésticos crecieron

sobre todo gracias a la incorporación de miembros en edad de trabajar y a la retención de sus miembros hábiles. Los hogares han crecido también por vías “naturales” (gracias al desarrollo del ciclo doméstico), pero, a partir de 1982, la incorporación de miembros capaces de generar ingresos ha sido clave para proteger el consumo.¹²

Las anteriores afirmaciones plantean dos problemas metodológicos fundamentales: primero, la falta de control de la variable *ciclo familiar*, pues los cambios que sufre implican variaciones en la composición de edades de los hogares y, por tanto, puede producirse un aumento del número de personas en edad de trabajar que efectivamente se incorporan al mercado laboral, sin que ello constituya necesariamente una estrategia adoptada en respuesta a una situación de crisis. No es posible aseverar sin reservas que la participación económica se incrementa en los hogares en periodos de crisis sin controlar la variable *ciclo de vida*. El problema podría resolverse si se calculan las tasas netas de participación por hogar, es decir si el número de trabajadores

⁹ Escobar, 1996, p. 549.

¹⁰ El estudio se basó en una muestra no representativa de 100 hogares de trabajadores manuales industriales entrevistados en 1981 y 1982, y posteriormente en 1985 y 1987. Se logró entrevistar a 75 por ciento de la muestra original en 1985, mientras que en 1987 sólo se logró encontrar a 45 por ciento de las familias consideradas. Otros “nuevos” hogares se incluyeron en 1985 y 1987 para recomponer la muestra de cien. González de la Rocha, 1991.

¹¹ González de la Rocha *et al.*, 1990, p. 358.

¹² *Ibid.*, p. 358.

de la familia se divide entre el de miembros en edad de trabajar. Desafortunadamente, no se precisan datos de la estructura por edades de la muestra del estudio con el fin de calcular dichas tasas.

La segunda dificultad la representa el hecho de que no se ha medido cuánto influye la incorporación a la economía de “nuevos” miembros de una familia en edad de trabajar y capaces de generar ingresos en el aumento de trabajadores por hogar. La autora mencionada no proporciona datos para saber hasta dónde la intensificación del uso de la fuerza de trabajo en el hogar se debe a la situación de crisis y hasta dónde a la incorporación en la economía de los miembros en edad de laborar. Por otra parte, el ingreso a la esfera del trabajo de “nuevos” miembros de la familia puede no alterar el uso de la fuerza laboral en el plano social. Esto se debe a que en los hogares de procedencia de los “nuevos” miembros pudo observarse una reducción de la cantidad de trabajadores, factor que habría convenido controlar metodológicamente.

Además, en otro estudio, González de la Rocha presenta información relativa al periodo 1985–1987 que contradice la idea del carácter contracíclico de las ELS. Esta autora señala una pequeña disminución del número de trabajadores por hogar (de 2.69 a 2.59) ocurrida entre 1985 y 1987.¹³ En su estudio se explica tal descenso en función de que en 1987 la tasa de reducción de los salarios se había desacelerado. Si bien es cierto que la baja de los salarios y el consumo privado per cápita entre 1985 y 1987 fue más leve que la observada entre 1982–1983, en 1985 comienza un nuevo periodo de crisis que no finaliza sino hasta 1988. Los indicadores salariales y de consumo privado vuelven a caer bruscamente hasta alcanzar casi su nivel más bajo en 1987, en comparación con el de 1981.¹⁴ Además, el PIB per cápita sufrió una fuerte caída: entre 1985 y 1986 se contrajo 5.7 por ciento y no fue sino hasta 1989 cuando volvió a tener un crecimiento positivo;¹⁵ además, el aumento en la tasa de inflación llegó a casi 160 por ciento en 1987, por lo que ella resultó la más alta observada en los años ochenta. Conforme a la hipótesis del cambio anticíclico de la participación laboral propuesta por los exponentes de las ELS, la disminución del número de trabajadores se explicaría por una mejoría de las condiciones de vida de las familias entrevistadas, antes que por una disminución del ritmo de deterioro de las mismas. De igual forma, para evaluar los cambios registrados en este periodo nos enfrentamos con dificultades metodológicas similares a las ya expuestas. Por ejemplo, no se explica si hubo un cambio en la composición de los hogares —ya sea por

¹³ Véase González de la Rocha, 1991, p. 117.

¹⁴ En 1985, los salarios y el consumo privado representaban, respectivamente, 76.1 y 90.9 por ciento del valor que tenían en 1981. En 1987, estos dos indicadores habían caído a 69.6 y 84.9 por ciento, respectivamente. Véase Damián, 2002, cuadro II, p. 11.

¹⁵ Damián, 2002, cuadro II.3, p. 51.

cambios ocurridos en el ciclo familiar, ya por la incorporación de nuevos miembros al trabajo— ni su posible efecto en la disminución de la cantidad de trabajadores, y ello sin considerar los problemas que implican los estudios panel.¹⁶

Sylvia Chant realizó otro de los estudios microsociales referentes a las estrategias laborales de sobrevivencia manifiestas durante la crisis de los ochenta.¹⁷ En Querétaro,¹⁸ encontró que el incremento del número de miembros del hogar incorporados al mercado de trabajo era muy reducido: de 2.1 a 2.3, entre 1982–1983 y 1986.¹⁹ A pesar de este aumento tan pequeño, Chant no rechaza la idea de las estrategias laborales de sobrevivencia y antes bien plantea la existencia de un punto del nivel de ingresos donde los hogares no “necesitan” enviar más miembros al mercado de trabajo.²⁰ Su investigación tampoco controla el probable efecto del cambio del ciclo de vida o del envejecimiento de los hogares en los niveles de participación.

Asimismo, paradójicamente respecto a lo esperado, a pesar de la crisis, Chant advierte que los ingresos de las mujeres y de los miembros jóvenes del hogar se elevaron. De acuerdo con esta autora, quizás esto “proporcione una explicación parcial del aumento relativamente pequeño en el número de perceptores de ingreso en el hogar”.²¹ No obstante, puede afirmarse que el aumento de los ingresos de estos miembros brindaría indicios de que la demanda de trabajo de los grupos poblacionales considerados aumentó en Querétaro y que, por tanto, su participación en el mercado de trabajo tiende a ser procíclica.

Otro estudio microsociales en la línea de las ELS es el de Tuirán respecto a la ciudad de México.²² Este autor afirma que

en un contexto de salarios decrecientes y bajos, la mayor participación de los miembros del hogar en actividades remuneradas constituyó una de las estrate-

¹⁶ No podemos comparar la situación actual de los hogares con la que vivieron hace dos o más años. Las familias cambian de composición, estructura de edades, nivel de ingreso, etc. Todos estos factores tendrían que haber sido controlados para determinar si la crisis influye o no en la participación laboral. Por otro lado, como ya señalé (nota 11), el estudio de 1987 conservó a menos de la mitad de las familias entrevistadas, por lo que la idea de panel se pierde.

¹⁷ Chant, 1993.

¹⁸ De una muestra de 244 hogares encuestados en 1982–1983, se seleccionó una submuestra —no se especifica el método empleado para ello— de 22 familias a las que se entrevistó a profundidad en 1986.

¹⁹ Véase Chant, 1993.

²⁰ *Idem*.

²¹ *Ibid.*, pp. 324–326.

²² El trabajo de Tuirán analiza la información de una encuesta de panel realizada por el Instituto Nacional del Consumidor (Inco) con una muestra no representativa de familias de bajos ingresos de la ciudad de México entre junio de 1985 y febrero de 1988. La muestra inició con 258 hogares y terminó con 172, debido a lo cual la idea de panel se pierde y surgen problemas de comparación pues no se conocen las características de las familias a las que ya no se entrevistó. Tuirán, 1992.

gías más comúnmente empleadas para proteger el ingreso familiar o contener su caída [De esta forma se advierte] una tendencia creciente en el número promedio de perceptores de ingreso por hogar en todos los estratos.²³

Sin embargo, aquí reaparece el problema metodológico derivado de la falta de control del cambio de la estructura por edad de los hogares para saber si influyó o no en la crisis y, en caso afirmativo, en qué medida lo hizo. Con el fin de controlar parte del efecto de envejecimiento de los hogares, calculé las tasas de participación en la fuerza de trabajo por hogar (TPFTH) con base en la información proporcionada por el autor. El resultado induce a conclusiones distintas de las planteadas por Tuirán. El cuadro 1 muestra que, en tres de los cinco grupos de hogares analizados por él (marcados con asterisco), los cambios de la participación laboral no fueron de carácter contracíclico, sino antes bien procíclico. Así, se advierte que en los grupos de ingreso medio, tanto formal como informal, se registra una contracción tanto del ingreso per cápita como de la TPFTH. Por el contrario, en el grupo de familias consideradas del sector informal bajo se verificó un aumento tanto de sus ingresos como de sus TPFTH. Sólo los otros dos grupos tendrían un comportamiento anticíclico, ya que su participación laboral aumenta cuando su ingreso cae.²⁴

Como podemos observar hasta aquí, los estudios microsociales sobre las estrategias laborales de sobrevivencia adolecen de serias deficiencias metodológicas para determinarlas y evaluarlas con precisión. Algunos investigadores apreciaron que su alcance es muy reducido o de sentido opuesto al esperado.

Una evaluación de las estrategias de sobrevivencia con base en información disponible sobre empleo en el nivel macroeconómico

Debido a la escasa información sobre empleo generada en los años ochenta, también surgen algunas dificultades metodológicas al evaluar los cambios de los niveles de participación en el nivel macro. Así, al comparar las encuestas de empleo de escala nacional consideradas las más confiables para evaluar los cambios de la fuerza de trabajo en la década de los ochenta, es decir las de 1979 y 1991,²⁵ resulta que, en efec-

²³ *Ibid.*, p. 183.

²⁴ Nótese además que el grupo de ingreso bajo medio tiene en febrero de 1988 un nivel de ingreso sólo 1 por ciento menor.

²⁵ Véase García, 1994. Se trata de la Encuesta Continua Sobre Ocupación (ECSO) de 1979 y la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) de 1991. También hay una encuesta nacional de empleo realizada en 1987; sin embargo, su información sobre la actividad agrícola es incompleta y no se puede calcular el empleo respecto a todo el país. Para conocer un análisis de los problemas surgidos al comparar las encuestas de empleo véase Damián, 2002, cap. IV.

to, las tasas de participación laboral se elevaron considerablemente a pesar de la crisis (véase cuadro 2). La tasa global de participación crece de 45.5 por ciento en 1979 a 52.5 en 1991, y tal ascenso se explica sobre todo por la participación femenina, que pasa de 21.5 a 30.4 por ciento, mientras que la masculina apenas sube de 71.3 a 76.6 por ciento entre 1979 y 1991 (véase cuadro 2). El incremento de la participación femenina es realmente muy elevado, pues en el periodo llega a ser de 41.4 por ciento, mientras que la masculina sólo se eleva 7.4 por ciento. El rápido crecimiento de la participación femenina se ha atribuido en buena medida a la caída de los ingresos de los hogares. De acuerdo con García,

en un contexto de fuerte contracción del empleo asalariado industrial en el país durante los ochenta [...] el aumento de la participación femenina estuvo vinculado principalmente a la expansión de las actividades no asalariadas dentro del sector terciario. Dicho aumento ha sido explicado, en parte, por la mayor necesidad económica de las familias que provocó el control salarial resultado de las políticas de estabilización económica. La reducción de los salarios y de las prestaciones sociales ha llevado a la incorporación de integrantes adicionales de los hogares a la actividad económica, en especial de mujeres y jóvenes, para apoyar la manutención cotidiana de las familias. Bajo estas circunstancias, muchas mujeres salieron en búsqueda de trabajo extradoméstico, además de seguir cumpliendo con sus responsabilidades familiares (Selva, Cortés, González de la Rocha, García y Oliveira).²⁶

No obstante, tampoco en este caso podemos saber hasta qué grado el aumento de la participación —sobre todo la femenina— se explica por la contracción del ingreso de los hogares, pues tal incremento posee un carácter secular que trasciende hechos tales como las crisis económicas. Por otro lado, a la par de la crisis, hubo otros factores que contribuyeron a dicho aumento, como por ejemplo, ascenso de los niveles educativos, cambios en la estructura de la demanda, transformaciones en las relaciones de género, mayor urbanización, etcétera.

Por otra parte, durante los años ochenta el incremento de la participación laboral corrió paralelo al crecimiento del número de empleos parciales —con jornadas laborales de menos de 40 horas a la semana—. Por tanto, el número promedio de horas trabajadas por persona se redujo. Así pues, mientras en 1979 quienes laboraban menos de 40 horas representaban 20.4 por ciento del total de los ocupados, en 1991 llegaron a constituir 31.5 por ciento de ese universo. En cuanto a los varones, el cambio fue de 15.6 a 27.7 por ciento y respecto a las mujeres de 35.4 a 45.3 por ciento.²⁷

²⁶ García, 1994, p. 68.

²⁷ Cálculos propios realizados con base en SPP (1980, cuadro para cada región 8), e INEGI y STPS (1993, cuadro 17, p. 96).

De ello resulta que el empleo total —medido con base en el número de horas trabajadas en la sociedad— no creció al mismo ritmo que el número de personas que trabajan.

Para medir el efecto del aumento del empleo parcial en el crecimiento del número de personas que trabajan, calculé las tasas de participación estandarizadas o tasas de participación equivalente.²⁸ Al estandarizar las tasas de participación se observa que, entre 1979 y 1991, la participación masculina en realidad no sólo no crece sino cae del 61.8 al 60.8 por ciento; por otro lado, la femenina aumenta en menor grado que la tasa de participación sin estandarizar: de 16.1 a 20.7 por ciento, aunque representa todavía 28.6 por ciento de crecimiento en el periodo. En suma, la tasa global de participación aumentó de 38.5 a 41.2 por ciento, es decir menos de tres puntos porcentuales, ascenso mucho menor que el de las tasas sin estandarizar, que crecieron siete puntos porcentuales en el periodo (véase cuadro 2).²⁹

Otro problema metodológico del caso es que resulta imposible observar cómo fluctuó la participación laboral de acuerdo con etapas de crisis y de crecimiento económico de los años ochenta. El periodo 1979–1991 engloba distintas facetas del crecimiento económico del país y por tanto es difícil saber en qué años creció la participación laboral —la global y sobre todo la femenina— y si esto correspondió a los años de crisis o a los de auge económico. Entre 1979 y 1982 la economía disfrutaba todavía del *boom* petrolero, pero en seguida sobrevino la crisis de la deuda, a partir de la cual se sucedieron periodos de altibajos del PIB hasta casi finales de la década de los ochenta, cuando comenzó una etapa de crecimiento que duró hasta 1994.

En la gráfica 1 se aprecia una serie completa de tasas de participación relativas a la ciudad de México durante los años ochenta (desafortunadamente no se dispone de precisiones por género en cuanto a esta información). Ahí se observan las grandes fluctuaciones de las tasas de participación en momentos de contracción económica. Nótese especialmente el descenso de la tasa de participación entre 1982 y 1983, que coincide con la fuerte caída de la economía en esos años. Más tarde, entre 1984 y 1985, se advierte una recuperación, pero la sigue otra caída a partir de este año y hasta 1987, periodo en que la economía sufría una fuerte contracción.

²⁸ Las tasas de participación estandarizadas se calcularon así:

$$\text{TPE} = (W / W^*) / N_{j \Rightarrow 12}$$

W: número total de horas semanales trabajadas por los ocupados (reportadas en las encuestas de empleo).

W* = 48: norma constitucional de jornada laboral máxima semanal.

N_j =>12: personas de 12 años de edad o más (límite de edad para ser considerado parte de la PEA).

²⁹ Cálculos propios efectuados con base en SPP (1980, cuadro 8), e INEGI y STPS (1993, cuadro 17, p. 96). Una explicación del cálculo de las jornadas de participación equivalente se halla en Damián, nota del cuadro IV.A.7, p. 241.

Desde 1988, las tasas de participación tienden otra vez al alza, lo cual coincide una vez más con el inicio de la recuperación económica de finales de los años ochenta y principios de los noventa. No obstante, si se traza una línea entre 1979 y 1991 (línea punteada) como si sólo se dispusiera de esos datos —como ocurre en la escala nacional—, podría suponerse que las tasas de participación de la ciudad de México crecieron de manera constante, lo cual dista de ser cierto. Los datos sobre la capital del país relativos a los años ochenta ejemplifican lo que pudo haber sucedido con los niveles de participación nacionales; ello quiere decir que las tasas de participación podrían haber sufrido fuertes fluctuaciones imposibles de detectar debido a la insuficiencia de los datos.

De la misma forma, con base en la información disponible en cuanto a la ciudad de México, se advierte que, a pesar de que las tasas de participación sin corregir son más altas en 1987 que en 1979 —51.6 y 50.5 por ciento, respectivamente (véase cuadro 3)—, al estandarizar las tasas por el número de horas trabajadas, éstas muestran una tendencia contraria. Es decir que las tasas de participación estandarizadas global, masculina y femenina se contraen y no es sino hasta 1989 cuando rebasan los niveles alcanzados en 1979.

La crisis financiera de 1994 constituye otro ejemplo del comportamiento del empleo en periodos de crisis. En primer lugar, las tasas de participación sin estandarizar dejan de crecer y se mantienen en 54.4 por ciento en el periodo 1994–1996. Por otra parte, la tasa equivalente de participación cae de 44.0 a 43.1 por ciento y no rebasa el nivel de 1994 sino hasta 1997. Por ello resulta posible afirmar que los datos sobre empleo en la ciudad de México durante este periodo revelan que, ante una crisis económica, las posibilidades de aumentar el esfuerzo laboral —o al menos mantenerlo— son escasas.

Para reforzar las observaciones antes apuntadas, calculé las tasas de participación y las estandarizadas por hogar en cuanto a las 16 ciudades respecto a las cuales hay información disponible sobre empleo correspondiente al periodo 1988–1999.³⁰ En el gráfica 2 se registran las tasas de participación equivalentes en tres periodos distintos de crecimiento económico. De 1988 a 1994, la economía se hallaba en una fase de recuperación económica —el PIB per cápita, que en 1988 representaba 89.6 por ciento del de 1982, en 1994 llegó a 94.7 por ciento—³¹ y la TPHE creció de 47.4

³⁰ La estimación se realizó con base en los microdatos de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU). Las 16 ciudades respecto de las cuales hay información relativa al periodo considerado son México, Guadalajara, Monterrey, Puebla, León, Torreón, San Luis Potosí, Mérida, Chihuahua, Tampico, Orizaba, Veracruz, Ciudad Juárez, Tijuana, Matamoros y Nuevo Laredo. A pesar de que se cuenta con datos relativos a estas localidades desde 1987, se eligió 1988 porque a partir de este año la economía mexicana inicia un periodo de recuperación.

³¹ Véase Damián, 2002, cuadros II.3 y II.5, pp. 51 y 56.

a 51.2 por ciento. En cambio, entre 1994 y 1996, a causa de la crisis financiera de México, el PIB per cápita cayó a -2.5 por ciento anual³² y la tasa global de participación se contrajo a 50.9 por ciento. Por el contrario, una vez recuperada la economía, con un crecimiento per cápita anual del PIB de 3.8 por ciento, la tasa de participación en los hogares llegó en 1999 a 53.6 por ciento. Por lo tanto, es válido afirmar que en el decenio de los noventa el esfuerzo laboral se comportó de manera procíclica en el caso de las 16 ciudades estudiadas. Es importante señalar además que las tasas de participación, aun sin estandarizar, se comportan de la misma forma que las tasas equivalentes. Así, entre 1988 y 1994, la tasa global de participación aumentó de 49.03 a 52.21 por ciento, baja a 51.25 por ciento en 1996 y vuelve a elevarse a 53.86 por ciento en 1999.³³

Los sectores sociales que reaccionaron con ELS

En general, se afirma que fueron los pobres los que adoptaron estrategias laborales de sobrevivencia. Sin embargo, en la mayor parte de los estudios no se define con plena claridad el grupo social considerado. Al analizar las investigaciones relativas a la evolución de la pobreza y las respuestas de los “pobres” durante la crisis de los años ochenta, Escobar señala que en algunos de los estudios microsociales “sobre hogares de bajos ingresos [...] en ocasiones [éstos] se podrían ubicar por encima de una ‘línea de pobreza’ (González de la Rocha, Tuirán)”.³⁴

González de la Rocha (1991), por ejemplo, al referirse al grupo social a que corresponden los hogares de su muestra, habla indistintamente de grupos domésticos de la clase trabajadora o pobres urbanos, sin que tales nombres signifiquen necesariamente lo mismo. Por otro lado, Benería (1992), en su estudio sobre la ciudad de México, analiza cinco grupos de hogares que incluyen familias de clase media y media baja: de pobreza extrema, de subsistencia, de pobres, de clase media baja y de clase media.³⁵

³² Cálculos propios basados en la información estadística de la página web del INEGI.

³³ Cálculos propios basados en los microdatos de las ENEU, INEGI.

³⁴ Escobar, 1996, pp. 540-541.

³⁵ *Ibid.*, cuadro 4.1, p. 89. Benería (1992, p. 90) basa su estudio sobre las estrategias de sobrevivencia en una encuesta no representativa de 55 hogares de mujeres que trabajaban en actividades de subcontratación industrial en la ciudad de México. Se entrevistó a las familias en 1981-1982 y luego en 1988. La mitad de las entrevistadas en 1988 pertenecían a la muestra original, mientras que la otra mitad correspondió a hogares “nuevos” a los que se entrevistó mediante la técnica de bola de nieve. Benería clasifica a los hogares según sus niveles de ingreso sin especificar claramente los criterios aplicados en la estratificación. Menciona una Canasta Obrera Indispensable (COI, minimum living basket of goods) y una Canasta Obrera Básica (COB, basic basket of goods), pero no explica con qué criterios se determinaron ambas.

En el estudio de Tuirán sobre la ciudad de México, se consideran cinco estratos de hogares clasificados de acuerdo con su nivel de ingresos y las características del empleo del jefe del hogar: si es de índole formal o informal.³⁶ A pesar de que se mencionan estratos medios, el rango de ingreso promedio del grupo con mayores ingresos (formal-medio) se ubica ligeramente por arriba de la línea de pobreza calculada por medio de la Canasta Normativa de Satisfactores de Subsistencia (CNSS), usada para identificar la pobreza extrema por Coplamar (1983) y Boltvinik (1998). De esta forma, el punto medio del rango de ingresos de tal estrato se ubicaba en 3 veces el salario mínimo (vsm), mientras que la línea de pobreza extrema se ubicaba en 2.96 vsm en febrero de 1988. Por tanto, todos los hogares de este estudio pueden considerarse pobres y, como se explicó antes, unos y otros reaccionan de distinto modo en términos laborales ante los cambios del nivel de ingreso.

En un estudio realizado por García y Oliveira (1994) sobre los factores que influyen en el cambio de las tasas de participación femenina, basado en encuestas de fecundidad,³⁷ se definieron los grupos sociales de acuerdo con su *estatus socioeconómico*. El estatus de las mujeres se determinó conforme a las características del empleo del jefe del hogar, considerando que de tales rasgos depende la condición económica: pobres en oposición a no pobres.³⁸ En este trabajo se definen dos principales grupos sociales: el de las mujeres de hogares cuyo jefe es un trabajador *agrícola* y el de aquellas cuyo jefe es un trabajador *no agrícola*. De modo implícito se considera que los hogares agrícolas son predominantemente pobres. En el caso de los urbanos se define de modo explícito su estatus; así, los hogares cuyo jefe se dedica a actividades no agrícolas se dividen en dos subgrupos: de trabajadores no manuales (o “clases medias”) y manuales (o “grupos populares urbanos”), que pueden ser asalariados o no asalariados.³⁹ Se supone que los

³⁶ Los hogares se dividen en dos estratos de ingresos bajos (“formal e informal” bajos), uno (“formal”) de ingresos medio-bajos y dos de ingresos medios (“formal e informal”).

³⁷ Los sondeos aprovechados por estas autoras fueron la Encuesta Mexicana de Fecundidad (EMF), la Encuesta Nacional Demográfica (END) y la Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud (ENFES), realizadas en 1976–1977, 1982 y 1987, respectivamente. Ciertas dificultades surgen cuando se intenta comparar sus resultados: el criterio de selección de mujeres en función de edad, presencia de hijos y estado civil (matrimonio o unión libre) fue uno en la EMF y otro en los dos estudios restantes. Además, la distribución de la población de acuerdo con el tamaño de una localidad no se modifica entre 1976–1977 y 1982, lo que contradice la tendencia a la creciente urbanización del país. Pero uno de los problemas de comparación más serios se vincula con la formulación de la pregunta relativa a la condición laboral de las mujeres entrevistadas, pues mientras que al interrogar sobre el trabajo femenino en 1976 no se informa el periodo de referencia, en 1982 se pregunta a las mujeres sobre su trabajo principal *en el último año* y en la de 1987 se cuestiona si trabajan *actualmente*, como lo señala García y Oliveira, 1994, Apéndice I. Es de esperarse que tales cambios y ambigüedades de los interrogantes afecten el nivel de participación de las mujeres.

³⁸ *Ibid.*, p. 76.

³⁹ *Ibid.*, p. 77.

hogares que aplican estrategias laborales de sobrevivencia corresponden a los sectores manuales (o grupos populares). Las autoras del estudio señalan que el sector de trabajadores manuales no asalariados es el más heterogéneo de todos, ya que “reúne a grupos *altamente empobrecidos que crean su propio empleo como estrategia de sobrevivencia* y otros más privilegiados que cuentan con cierto margen de maniobra frente a la crisis”.⁴⁰ Cabe resaltar que estas grandes divisiones no necesariamente corresponden a niveles de ingreso o condición económica. Por ejemplo, en el seno de lo que se denomina “clase media”, en donde se agrupan hogares con jefe de familia dedicado a actividades no manuales, podrían hallarse profesores de primaria u oficinistas con ingresos que por lo general los colocan por debajo de la línea de pobreza, aunque también funcionarios de alto nivel cuyos ingresos los sitúan muy por encima de la misma. El efecto producido por las crisis sobre las respuestas laborales de los distintos grupos que constituyen la “clase media” posiblemente sea diferente aun cuando sus hogares se adscriban al mismo estatus socioeconómico.

Un ejemplo de distintas respuestas dentro de grupos con el mismo estatus socioeconómico lo encontramos cuando las autoras analizan el número y la edad de los hijos como factor que influye en la participación de las mujeres en el mercado laboral. En el sector “popular” —formado por familias cuyo jefe se dedica a una ocupación manual—, el cambio en la participación de las mujeres difiere si éstas provienen de hogares con jefes trabajadores asalariados o no. Por un lado, la participación de las mujeres en los sectores manuales asalariados aumenta debido, según las autoras, a “la fuerte reducción de los salarios y la mayor necesidad de que la población femenina complemente los ingresos familiares”.⁴¹ En contraposición, las autoras expresan sorpresa ante el hecho de que las mujeres con hijos correspondientes a los sectores manuales no asalariados reduzcan su participación y señalan que tal comportamiento “no concuerda con las hipótesis avanzadas con anterioridad”.⁴² Éste podría ser un indicio de que para ciertos sectores sociales resulta imposible aumentar su esfuerzo laboral pese a la reducción generalizada del ingreso.

Por último, tenemos los estudios de Cortés (1997) y de Cortés y Rubalcava (1991), cuyo objetivo principal consiste en analizar los factores de los cambios de la distribución del ingreso en México.⁴³ Los mencionados autores hacen una clara referencia a lo que he llamado aquí las ELS y en sus investigaciones de 1991 y 1997

⁴⁰ *Ibid.*, p. 78, cursivas añadidas.

⁴¹ *Ibid.*, p. 92.

⁴² *Ibid.*, p. 91.

⁴³ Tales estudios se basan en las Encuestas Nacionales de Ingreso y Gasto de los Hogares.

usan la expresión *perceptores por hogar* como sinónima de *fuerza de trabajo*,⁴⁴ lo cual resulta incorrecto pues aquélla remite a un concepto que comprende no sólo a quienes trabajan, sino también a todos los que perciben un ingreso —que puede provenir de pensiones, becas, transferencias, etc.—, sin importar el carácter de su actividad.

De acuerdo con Cortés y Rubalcava (1991), entre 1977 y 1984 el uso de las estrategias laborales de sobrevivencia se observó en los deciles I–VIII; en cambio, según Cortés (1997), esas estrategias se manifestaron en los deciles IV–VIII. Los hallazgos de este último autor indican que no fueron los más pobres quienes aumentaron el número de perceptores por hogar y que las estrategias laborales de sobrevivencia —es decir, el uso de fuerza de trabajo adicional— las aplicaron los sectores populares urbanos (deciles IV–VII) y los hogares de clase media (deciles VII y IX).⁴⁵ La diferencia entre los resultados de los estudios puede deberse a que mientras en 1997 Cortés emplea la base de datos de las ENIGHs y agrupa a los hogares en deciles de acuerdo con el ingreso per cápita, en el trabajo que realizó con Rubalcava en 1991 usa información que corresponde con la publicada, cuyos deciles se crearon con base en el ingreso por hogar.⁴⁶ Es posible afirmar entonces que los datos presentados por Cortés cuestionan la idea de que los sectores más empobrecidos de la población reaccionaron con esa estrategia.

Con el fin de identificar los sectores sociales caracterizados por una mayor participación laboral ante las crisis, dividí los hogares de las 16 ciudades de la ENEU en cuartiles de ingreso por adulto equivalente. Si bien no se trata de una clasificación en términos de pobres y no pobres, nos aproxima a una caracterización de las respuestas laborales de acuerdo con el nivel de ingreso (por trabajo).⁴⁷

En primer término tenemos que a mayor ingreso por adulto equivalente mayor es la tasa de participación (véase gráfica 2). Esto quiere decir que si llevamos al extremo los supuestos de las ELS, tal relación debería ser inversa: a mayor ingreso menor participación laboral, lo cual no sucede en la realidad. La mayor participación laboral en los sectores de mayor ingreso puede deberse a diversos factores, entre los

⁴⁴ Por ejemplo, Cortés afirma que “las ENIGHs de 1977, 1984, 1989, 1992 y 1994, entregan información suficiente como para formarse una idea del efecto que tuvo el *aumento en el uso de la fuerza de trabajo*, sobre los ingresos de los hogares”. Cortés, 1997, sección III.1.2, intitulada “El crecimiento del número de perceptores”, p. 62 (cursivas añadidas).

⁴⁵ *Ibid.*, p. 71.

⁴⁶ Esta forma de organizar los deciles implica serias deficiencias, puesto que hogares con un gran número de miembros ocupados en actividades remuneradas pueden clasificarse en deciles de ingreso mayor al que les correspondería si la clasificación se fundara en el ingreso per cápita.

⁴⁷ Cabe aclarar que en las encuestas de empleo no se captan todas las fuentes de ingreso, que corresponderían a transferencias, ingresos por rentas, etcétera.

que destaca el número más bajo de menores de 12 años en el hogar.⁴⁸ No obstante, esto no es lo único que explica su alta participación, pues aun cuando se controle el número de hijos menores de 12 años en el hogar, la participación femenina sigue siendo mayor en los cuartiles de ingreso más alto.⁴⁹

A pesar de que en los dos cuartiles de ingreso más bajos la participación laboral aumenta a lo largo del periodo de análisis (1988–1999), el crecimiento de este indicador se frenó debido a la crisis financiera (1994–1996; véase gráfica 3). Debe señalarse que, mientras el ritmo de crecimiento de la participación laboral de la población en el segundo cuartil es claramente procíclica, pues se recupera entre 1996–1999, en el primero se registró una desaceleración constante a lo largo de todo el periodo. Se puede plantear como hipótesis que este comportamiento obedece a cambios ocurridos en la estructura de la demanda de las ciudades estudiadas, debidos a que en éstas dejaron de realizarse diversas actividades intensivas con mano de obra poco calificada. No obstante, habrá que comprobar la validez de tal conjetura.

Por otro lado, se aprecia que las tasas de participación laboral de los dos cuartiles de ingreso más alto manifiestan una tendencia claramente procíclica: la tasa es más alta en 1994 que en 1988, puesto que la economía transitaba entonces por un periodo de recuperación, mientras que en 1996 la tasa de participación cae a causa de la crisis financiera ocurrida en aquel mismo año. Posteriormente, la tasa se recupera al compás del crecimiento económico y alcanza niveles más altos en 1999 (véase gráfica 2).

Asimismo, la tasa de cambio de crecimiento global de la participación laboral se mueve en la misma dirección que los cambios económicos. En el periodo 1988–1994, cuando el ingreso promedio por adulto equivalente de los hogares crecía casi 5 por ciento anual, las tasas de participación por hogar alcanzaban niveles de crecimiento más altos que en el periodo 1994–1996, a lo largo del cual el ingreso por adulto equivalente caía 4.5 por ciento al año (véase gráfica 3). Por otro lado, en el periodo 1996–1999 la tasa de crecimiento de la participación laboral de los hogares se recupera, en concordancia con el crecimiento del ingreso por adulto equivalente. Una vez más tenemos evidencia de que la tasa de participación laboral de los hogares tiende a ser procíclica.

⁴⁸ Por ejemplo, en 1999, el número de hijos disminuye de 1.27 en el cuartil 1 (el de menores ingresos) a 1.25 en el 2, a 0.92 en el 3 y a 0.66 en el 4 (cálculos propios efectuados con base en las ENEU).

⁴⁹ La correlación entre la presencia de mujeres que trabajan en el hogar y la presencia y número de menores de 12 años, aunque estadísticamente es significativa, resulta muy baja: -0.033 .

¿Fueron mujeres y jóvenes quienes reaccionaron con las ELS?

En general, los estudios de las ELS afirman que fueron predominantemente mujeres, jóvenes, niños y ancianos los que adoptaron las mencionadas estrategias de sobrevivencia y que esta reacción tiene un carácter contracíclico. Por ejemplo, Cortés y Rubalcava señalan que

los hogares más modestos neutralizaron parcialmente la medida de ajuste a través de mayor venta de fuerza de trabajo. Algunos de los que ya percibían salario intensificaron sus jornadas y además enviaron al mercado laboral a las mujeres (Oliveira y García), a los jóvenes y hasta a los niños dependiendo del tamaño de la familia, de su composición por sexos, de la etapa del ciclo doméstico, del tipo de familia, de las oportunidades que les brinda el entorno (Nolasco).⁵⁰

Cortés, por su parte, señala que

la intensificación del esfuerzo productivo de los hogares es una consecuencia directa del deterioro en las condiciones económicas de los sectores más desfavorecidos del país, quienes para defender sus precarios niveles de vida no tienen otra opción que recurrir al trabajo femenino, al de los viejos y de los miembros en edad escolar.⁵¹

Benería identifica también a los adolescentes y a las mujeres como los grupos de población más afectados por este tipo de respuesta.⁵² Selby *et al.* afirman que en Oaxaca, “durante el periodo de la crisis económica, las mujeres han sido incorporadas a la fuerza de trabajo en números sin precedente, y su trabajo se ha concentrado arrolladoramente en trabajos no registrados, en el sector informal”.⁵³ También García y Oliveira registran en 1987 una mayor presencia de mujeres mayores de 25 años en el mercado de trabajo comparada con la de 1982. Estas autoras atribuyen dicho cambio, entre otros factores, al hecho de que “con la contracción del salario real, un número más elevado de mujeres mayores empezaron a trabajar en actividades extra-

⁵⁰ Cortés y Rubalcava, 1991, p. 84.

⁵¹ Cortés, 1997, p. 68.

⁵² Benería, 1992, p. 92.

⁵³ Selby *et al.* (1990, p. 175) han realizado un interesante estudio sobre las características socioeconómicas de familias y sus viviendas en diez ciudades del país entre 1977 y 1978. Debido a la severidad de la crisis de 1982, estos investigadores llevaron a cabo una encuesta de seguimiento entre familias de la ciudad de Oaxaca a las que entrevistaron en 1987. Llevaron a cabo 50 entrevistas en profundidad que abarcaron temas relacionados con la organización del hogar durante tiempos de crisis (*ibid.*, p. 169). Pero en el estudio no se especifica el porcentaje de hogares que corresponde a la muestra original o si ésta fue una muestra distinta de la anterior. Por tanto, no podemos evaluar los problemas que surgirían al comparar los datos presentados.

domésticas, como por cuenta propia, para obtener recursos adicionales”.⁵⁴ Sin embargo, como ya se indicó (nota 37), una de las debilidades más notables de su trabajo la representa el hecho de que los resultados sobre la participación laboral de las mujeres obtenidos mediante las encuestas en que se basa no son comparables, debido a que las preguntas sobre actividad principal y periodo de referencia de la misma se formularon de modo distinto. No obstante, a lo largo del texto, las autoras señalan que una de las principales razones que explican el aumento de la participación de mujeres en los sectores manuales (o grupos populares urbanos) es la necesidad económica a que se enfrentan los grupos sociales más empobrecidos durante la crisis. Por ejemplo, cuando analizan la influencia de la escolaridad en la participación femenina, advierten que, en 1987,

la escolaridad entre los sectores no agrícolas más necesitados pierde importancia como factor explicativo de la condición de actividad. La propensión a trabajar de las mujeres de los sectores populares se asocia con la necesidad de obtención de ingresos monetarios para compensar los bajos salarios de los demás miembros de la familia.⁵⁵

Jusidman, al analizar los cambios de las tasas de participación en la ciudad de México durante los años ochenta, sostiene que “el aumento en un indicador tradicionalmente estable como es la tasa neta de participación, refleja el mayor ingreso de fuerza de trabajo ‘secundaria’ (niños, mujeres y ancianos) a la actividad económica con el fin de completar los ingresos del grupo familiar”.⁵⁶ El carácter contracíclico de tal “fuerza de trabajo secundaria” lo reitera esta autora al afirmar que, “en los años de auge y ante el aumento del ingreso medio por trabajador ocupado, se observa una disminución de la tasa neta de participación en el Área Metropolitana”.⁵⁷ Chant también hace clara referencia al carácter contracíclico que se atribuye a las estrategias de sobrevivencia: “la evidencia sobre León y Querétaro sugiere que el trabajo de las mujeres adultas probablemente sea movilizado como un mecanismo de ajuste de corto plazo cuando las necesidades del hogar lo dictan”.⁵⁸

Escasa evidencia del nivel macro permite afirmar que hubo un aumento en la tasa de participación de adolescentes en el mercado de trabajo durante los años de crisis del decenio de los ochenta. Por ejemplo, en el caso de la ciudad de México, la tasa de participación sin estandarizar del grupo poblacional de 12 a 19 años cayó de 24.9

⁵⁴ García y Oliveira, 1994, p. 86.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 88.

⁵⁶ Jusidman, 1988, p. 246.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 249.

⁵⁸ Chant, 1994, p. 223.

a 22.4 por ciento entre 1979 y 1987.⁵⁹ Tal reducción se debió fundamentalmente a que disminuyó la participación de mujeres de estas edades en la fuerza de trabajo: cayó de 20.4 a 15.7 por ciento, mientras que la de los hombres sólo se redujo de 29.6 a 29.2 por ciento.⁶⁰

Respecto a años posteriores (1988, 1994, 1996 y 1999), calculé la tasa de participación equivalente en cuanto a los grupos de edad de 12 a 14 años y 15 a 19 años de las 16 ciudades de la ENEU (véase gráfica 4).⁶¹ Las tasas de participación estandarizadas correspondientes al grupo de edad de 15 a 19 años tienden a ser procíclicas, pues aumentan entre 1988 y 1994 y se reducen en 1996, para después volver a incrementarse en 1999. Cabe mencionar que la tasa de participación equivalente relativa al grupo de 12 a 14 años de edad no cambió entre 1994 y 1996 y, al parecer, tiende a disminuir secularmente (véase gráfica 4). Podemos suponer que ello resulta de una mayor permanencia de los menores en el sistema educativo.

En lo que se refiere a las mujeres como protagonistas de las estrategias de sobrevivencia, se cuenta con abundantes indicios de que el aumento de su participación se debe tanto a factores seculares como a cambios en la demanda de mano de obra registrados durante los años ochenta.⁶² Así, Chant señala que en el caso de Querétaro se produjo un mejoramiento de los ingresos de las mujeres adultas entrevistadas entre 1982 y 1986, ya sea porque encontraron trabajos con salarios más altos, ya porque sus negocios se habían consolidado y obtenían ganancias razonablemente buenas.⁶³

Asimismo, es importante señalar que paralelamente a las crisis tuvo lugar una profunda reestructuración económica del país que transformó la demanda de mano de obra, pues crecieron sectores económicos que favorecían la integración de las mujeres al mercado laboral. En el caso de la ciudad de México, por ejemplo, durante los años ochenta y principios de los noventa, el empleo asalariado femenino se incrementó de modo mucho más rápido que el masculino, dentro de lo que se puede denominar el sector formal de la economía. Esto se debió en gran medida al crecimiento de sectores con numeroso componente de mujeres, como el de comercio y el de servicios. Adicionalmente, en la ciudad, de acuerdo con la información de la ENEU, el ingreso por hora de las mujeres creció con mayor rapidez que el de los hombres entre 1989 y 1994.⁶⁴ Por otra parte, como ya indiqué, a pesar de que en

⁵⁹ Damián, 2002, cuadro 4A.11, p. 244.

⁶⁰ *Idem.*

⁶¹ Mientras que en 1979 el dato proporcionado por la ECSO se refiere sólo a la población de 12-19 años, a partir de 1988, gracias a la disponibilidad de la base de datos, es posible desagregar a este grupo.

⁶² Véase Damián, 2002.

⁶³ Chant, 1993.

⁶⁴ Véase Damián, 2002, cap. 5.

la capital del país la tasa de participación femenina sin estandarizar aumentó de 32.5 a 34 por ciento entre 1979 y 1987, la equivalente cayó de 24.0 a 22.5 por ciento y no fue sino hasta 1989 cuando logró superar los niveles de 1979. La tasa de participación equivalente masculina sigue estas mismas tendencias (véase cuadro 3).

En lo que se refiere a las 16 ciudades consideradas en la ENEU, se advierte que, a pesar de la tendencia creciente de la tasa de participación femenina en todo el periodo (1988–1999), entre 1994 y 1996 se verifica una clara desaceleración de su crecimiento, pues prácticamente se mantiene en el mismo nivel: 25.87 por ciento en 1994, cuando había alcanzado a ser de 26.05 por ciento en 1996. Así, la tasa de crecimiento anual de la participación laboral de las mujeres en las 16 ciudades casi no crece entre 1994 y 1996 (sólo es de 0.1 por ciento anual) y, por el contrario, aumenta considerablemente en los periodos de prosperidad económica (hasta 2.5 y 1.3 por ciento en 1988–1994 y 1996–1999, respectivamente; véase gráfica 6). Asimismo, la tasa de participación sin estandarizar presenta una tendencia muy similar, ya que se mantiene también casi en el mismo nivel entre 1994 y 1996: pasa de 34.26 a 34.63 por ciento.

La tasa de participación masculina, por su parte, manifiesta un comportamiento claramente procíclico en el periodo 1988–1999, con un crecimiento entre 1988–1994 y 1996–1996, mientras que entre 1994 y 1996 se contrae (véase gráfica 5). Es importante subrayar que si bien, en la gráfica 5 se consignan los valores de las tasas de participación equivalente, las tasas de participación no estandarizadas se comportan del mismo modo. Es decir que entre 1988 y 1994 dicha participación aumentó de 68.95 a 71.90 por ciento, en 1996 cayó a 69.5 por ciento y en 1999 se recuperó hasta alcanzar 72.68 por ciento.

Con base en estos resultados es posible concluir que en periodos de crisis la participación masculina tiende a caer considerablemente —recuérdese que esto mismo sucede entre 1988 y 1994 con las tasas de participación sin estandarizar—, mientras que la femenina desacelera su crecimiento en forma notable. A causa de ello, la tasa global de participación en periodos de crisis se contrae y, por tanto, puede afirmarse que los hogares tienen escasas —si no es que nulas— posibilidades de aumentar su esfuerzo laboral en periodos de contracción económica.

Los límites de las estrategias laborales de sobrevivencia

Algunos de los exponentes de las estrategias laborales de sobrevivencia hacen observaciones importantes que parecerían contradecir la existencia de las mismas o bien mostrar sus limitaciones. Por ejemplo, según Chant, en Puerto Vallarta, a pesar de

que en 1992 la ciudad atravesaba una seria crisis económica, el número de trabajadores por hogar no aumentó respecto a 1986.⁶⁵ De acuerdo con esta autora, es cierto que algunas mujeres aumentaron su participación en el mercado de trabajo —o alargaron sus jornadas de trabajo—, pero en contrapartida algunos jefes de hogar perdieron su empleo y resultó imposible incorporar a más miembros de la familia —sobre todo varones jóvenes— en el mercado de trabajo debido a la reducción de la demanda de trabajadores en la construcción, el turismo y el pequeño comercio. Por ello, Chant afirma que, en el caso de Puerto Vallarta, “no importa cuántas personas busquen proteger sus ingresos, la creciente escasez de oportunidades viables de trabajo dificulta hacerlo”.⁶⁶

Por el contrario, respecto a las ciudades de Querétaro y León, Chant sostiene que, a pesar de que las condiciones económicas de estas dos ciudades habían mejorado entre 1986 y 1992, los hogares habían

mantenido, y en muchos aspectos intensificado, la mayoría de sus estrategias de sobrevivencia observadas en periodos de crisis, tales como estrategias múltiples de generación de ingresos, aumento en el tamaño de los hogares y reducción de los tasas de dependencia.⁶⁷

Podemos suponer que el mejoramiento de las condiciones económicas permitió el aumento del número de trabajadores por hogar en Querétaro y León, y por tanto este fenómeno tendría un comportamiento procíclico y no contracíclico. En tal caso, no parecería correcto asociarlo con el concepto de estrategia de sobrevivencia.

Con base en las diferencias observadas en Puerto Vallarta, Querétaro y León, Chant afirma que el cambio de la estructura por edades, en conjunción con las necesidades económicas de los hogares, no necesariamente determina la existencia de múltiples patrones de empleo —o estrategias laborales de sobrevivencia—, los cuales deben verse ligados con factores económicos más amplios, como en el caso de León y Querétaro, donde gracias al mejoramiento económico hubo mayores posibilidades de que nuevos miembros del hogar se incorporaran a la actividad económica.⁶⁸

Por su parte, Benería, en su estudio sobre la ciudad de México, resalta así la escasa efectividad de las estrategias laborales de sobrevivencia:

⁶⁵ Estos datos corresponden a una investigación realizada por la autora entre 1986 y 1992 en tres ciudades: León, Querétaro y Puerto Vallarta. En este caso la muestra comprendió 25 familias: 4 de León, 10 de Querétaro y 11 de Puerto Vallarta. Chant, 1994, p. 217.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 220.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 221.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 221–222.

una clara conclusión derivada de la información presentada es que, a pesar del esfuerzo por incrementar la participación de diversos miembros de la familia en actividades remuneradas, queda una buena proporción de fuerza de trabajo sin explotar que estaba subempleada o trabajando al margen, incluyendo hombres y mujeres de todas las edades que no podían encontrar un trabajo de tiempo completo y otros que se encontraban buscando mejores oportunidades de empleo y de condiciones laborales.⁶⁹

Selby *et al.* señalan una paradoja sumamente importante observada en la ciudad de Oaxaca en 1987, la cual apunta en el mismo sentido hasta aquí planteado:

El empleo se contrajo [...] las observaciones y las entrevistas demuestran que la actividad del sector informal disminuyó en gran medida con respecto a los niveles de 1982, a pesar de que un número mayor de personas, en especial de mujeres, trabajan en estas actividades.⁷⁰

Coincido con estos autores en cuanto a que el aumento del número de trabajadores durante el periodo de crisis no significó un incremento del esfuerzo laboral total desplegado por las familias ni tampoco contrarrestó el grave deterioro de sus condiciones de vida, como lo demuestran los datos del aumento de la pobreza señalados al inicio de este artículo.

En un análisis más reciente, González de la Rocha revisa las ideas invocadas durante los ochenta a propósito de las estrategias laborales de sobrevivencia. Si bien acepta que

la crisis de los ochenta produjo estrategias de “intensificación” de los mecanismos tradicionales de sobrevivencia, de tal forma que los grupos domésticos respondieron enviando a más individuos de entre sus miembros (sobre todo las mujeres adultas y casadas) al mercado laboral[,]⁷¹

señala que en aquel tiempo dichos grupos no fueron capaces de advertir los límites de esa estrategia debido a su

optimismo acerca de la efectividad de la organización familiar y las redes sociales para amortiguar la escasez y la creciente pobreza. A lo más, se planteaba que la sobrevivencia dependía de esta combinación de elementos, en donde el salario se complementaba con el ingreso de las otras fuentes.⁷²

⁶⁹ Benería, 1992, p. 93.

⁷⁰ Selby *et al.*, 1990, p. 169.

⁷¹ González de la Rocha, 1999, p. 6.

⁷² *Idem.*

Según Gonzáles de la Rocha, su crítica no pretende cuestionar la legitimidad de los hallazgos sobre las estrategias de sobrevivencia, sino la repetición del mismo argumento al respecto después de dos décadas de crisis. Reconoce entonces la importancia del crecimiento económico y el aumento en el empleo para la superación de la pobreza:

La idea de que los pobres “se las arreglan” a través de la instrumentación de mecanismos sociales para sobrevivir, pase lo que pase, encuentra obstáculos para su aplicación en contextos y momentos históricos de exclusión laboral [...] El énfasis en la multiplicidad de fuentes de ingreso impidió visualizar al salario como *el* recurso que posibilita el acceso al resto de las fuentes de ingresos (incluido el ingreso proveniente del intercambio social), como el motor de la sobrevivencia y la reproducción de los trabajadores y sus grupos domésticos en una sociedad como la del México urbano.⁷³

No obstante, mientras que la mencionada autora considera los casos donde no se logró la intensificación de las estrategias de sobrevivencia sólo excepciones durante los años ochenta, aunque se convirtieron en casos más frecuentes en los noventa, el análisis que presentamos aquí nos lleva a afirmar que desde la década de los ochenta la contracción del empleo no permitió que los hogares aumentaran el tiempo de trabajo dedicado a labores extradomésticas con el fin de contrarrestar la caída de los salarios.

Reflexiones finales

Con lo expuesto hasta aquí podemos afirmar que la tesis de que *los hogares incrementaron su oferta de trabajo en periodos de crisis*, sostenida por diversos estudios, puede ponerse en duda debido a ciertas contradicciones, imprecisiones y problemas metodológicos de que estos últimos adolecen. En primer término, es evidente que no se controlan algunas variables —como el aumento de personas en edad de trabajar, el cambio de la estructura de edades de los hogares, etc.— que influyen en los cambios de los niveles de participación, los cuales no responden por tanto necesariamente a una “estrategia” de sobrevivencia. Por otro lado, algunas investigaciones demuestran que la incorporación de nuevos miembros al mercado de trabajo se contrarrestó con la pérdida de empleo de otros que ya lo tenían, en muchos casos del jefe del hogar, que por lo general trabaja más horas a la semana que el resto de los miembros.

Pese a la aseveración de que fueron los pobres quienes aplicaron las estrategias de sobrevivencia, no hay una clara definición del grupo social al que se hace referencia en los distintos trabajos analizados. Además, en algunos de ellos, como el de Cor-

⁷³ *Ibid.*, pp. 7–8.

tés, se prueba que las estrategias laborales no se manifestaron en los hogares más pobres, sino en los de ingreso medio y medio alto.

Los datos presentados en este artículo revelan una tendencia de los sectores de más bajos ingresos a aumentar su participación independientemente de un contexto de crisis o de crecimiento económicos; sin embargo, el ritmo de dicho incremento tiende a atenuarse en periodos de crisis.

Si bien se afirma que esta estrategia la aplicaron sobre todo mujeres y jóvenes, los datos sobre la capital del país (1979–1994) y de las 16 ciudades de la ENEU (1988–1999) demuestran que la tendencia ascendente de las tasas de participación femenina prácticamente se estanca en periodos de crisis, en tanto que en etapas de crecimiento económico manifiesta una fuerte dinámica de ascenso. Por su parte, las tasas de participación masculina se comportaron de manera claramente procíclica, pues su evolución es negativa en el periodo 1994–1996. Como los hombres conforman la mayor parte de la fuerza de trabajo, la tasa global de crecimiento de la participación laboral también registró un claro retroceso en el periodo de las crisis económicas, tanto la de la deuda, en 1982, como la financiera, en 1994.

En lo que respecta a la participación de los niños y adolescentes en el mercado de trabajo, el grupo de edad de 12–14 años acusa una tendencia a la baja, en tanto que la de los jóvenes de 15–16 años de edad se comporta de modo procíclico.

Por último, cabe mencionar que ciertos trabajos sobre las ELS muestran indicios de los límites de éstas. Algunos de ellos refieren que la participación de la fuerza de trabajo disminuye en periodos de crisis; otros revelan que resulta imposible aumentar la fuerza de trabajo a pesar de que ello sea necesario ante la caída de los ingresos; otros más documentan una contracción del empleo, aun cuando se trate del llamado sector informal. Con base en estas observaciones y en los datos presentados a lo largo del presente artículo, cabe concluir, en primer término, que en los momentos más agudos de las crisis económicas difícilmente se pueden llevar a la práctica dichas estrategias, como lo ilustra la caída de la tasa de participación sin estandarizar de la ciudad de México entre 1982 y 1984 (véase gráfica 1) y la de las 16 ciudades de la ENEU en el periodo 1994–1996.⁷⁴ Aunque el total de personas que trabajan aumentó, no ocurrió lo mismo con el esfuerzo laboral total de la sociedad, por lo que las posibilidades reales de generar ingreso se han reducido notoriamente en los periodos de crisis. Las estrategias laborales pueden llevarse a la práctica en el nivel micro, pero ello no modifica el comportamiento de la masa global laboral, la cual tiende a reducirse en periodos de crisis, con efectos negativos en el nivel de vida de las familias.

⁷⁴ La tasa de participación total sin estandarizar se contrajo de 52.24 a 51.25 por ciento, mientras que la estandarizada pasó de 44.47 a 43.83 por ciento (cálculos propios, basados en la ENEU).

Bibliografía

- Benería, Lourdes, 1992, "The Mexican Debt Crisis: Restructuring the Economy and the Household", en Lourdes Benería y Shelley Feldman, *Unequal Burden, Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work*, Boulder, San Francisco y Oxford, Westview Press, pp. 81–104.
- Boltvinik, Julio, 1998, "Condiciones de vida y niveles de ingreso en México, 1970–1995", en José Antonio Ibáñez Aguirre (coord.), *Deuda externa mexicana: ética, teoría, legislación e impacto social*, México, Universidad Iberoamericana–Instituto de Análisis y Propuestas Sociales/Plaza y Valdés, pp. 251–395.
- Chant, Sylvia, 1993, "Women's Work and Household Change in the 1980s", en Neil Harvey (comp.), *Mexico Dilemmas of Transition*, Londres, University of London–The Institute of Latin American Studies/British Academic Press, pp. 318–358.
- , 1994, "Women, Work and Household Survival Strategies in Mexico, 1982–1992: Past Trends, Current Tendencies and Future Research", *Bulletin of Latin America Research*, núm. 2, vol. 13, mayo, pp. 202–233.
- Coordinación Nacional del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados, 1983, *Macroeconomía de las necesidades esenciales en México, situación actual y perspectivas al año 2000*, México, Coplamar/Siglo Veintiuno, 2ª. ed.
- Cornia, Giovanni Andrea, 1987, "Adjustment at the Household Level: Potentials and Limitations of Survival Strategies", en Andrea Cornia, Richard Jolly y Frances Stewart (comps.), *Adjustment with a Human Face, Protecting the Vulnerable and Promoting Growth*, vol. I, Oxford, Claredon Press, pp. 90–104.
- Cortés, Fernando, 1997, *Distribución del ingreso en México en épocas de estabilización y reforma económica*, tesis doctoral en ciencias sociales, México, CIESAS/Universidad de Guadalajara–Área de Antropología e Historia.
- Cortés, Fernando y Rosa María Rubalcava, 1991, *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento*, México, El Colegio de México.
- Damián, Araceli, 2002, *Cargando el ajuste. Los pobres y el mercado de trabajo en México*, México, El Colegio de México.
- Damián, Araceli y Julio Boltvinik, 2003, "Evolución de la pobreza en México", *Revista Comercio Exterior*, núm. 6, vol. 53, México, Banco de Comercio Exterior, junio, pp. 519–531.

- Escobar Latapí, Agustín, 1996, "Mexico, Poverty as Politics and Academic Disciplines", en Else Oyen y Syed Abdus Else (comps.), *Poverty. A Global Review. Handbook on International Poverty Research*, Scandinavian University Press, pp. 539–566.
- García, Brígida, 1994, *Determinantes de la oferta de mano de obra en México*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, Cuadernos de Trabajo, núm. 6.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, 1994, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- González de la Rocha, Mercedes, 1988, "Economic Crisis, Domestic Reorganisation and Women's Work in Guadalajara, Mexico", *Bulletin of Latin American Research*, núm. 2, vol. 7, pp. 207–223.
- , 1991, "Family Well-Being, Food Consumption and Survival Strategies during Mexico's Economic Crisis", en Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar (comps.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980s*, San Diego, Universidad de California, pp. 115–127.
- , 1999, "Reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza urbana", ponencia presentada en el Seminario "Hogar, pobreza y bienestar en México", ITESO, abril.
- González de la Rocha, Mercedes, Agustín Escobar y María de la O Martínez Catellanos, 1990, "Estrategias versus conflicto. Reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis", en Guillermo de la Peña, Juan Manuel Durán, Agustín Escobar y Javier García de Alba (coords.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, México, Universidad de Guadalajara/CIESAS, pp. 351–367.
- Jusidman, Clara, 1988, "Empleo y mercados de trabajo en el área metropolitana de la ciudad de México", en Puente y Legorreta (coords.), *Medio ambiente y calidad de vida*, México, Departamento del Distrito Federal/Plaza y Valdés, pp. 225–250.
- Selby, Henry A., Arthur D. Murphy y Stephen A. Lorenzen (con Ignacio Cabrera, Aída Castañeda e Ignacio Ruiz Love), 1990, *The Mexican Urban Household, Organising for Self-Defence*, Austin, University of Texas Press.
- Tuirán Gutiérrez, Rodolfo, 1992, "Los hogares frente a la crisis: ciudad de México, 1985–1988", en Consejo Nacional de Población, *Zona metropolitana de la ciudad de México, problemática actual y perspectivas demográficas y urbanas*, México, Conapo, pp. 179–201.

Fuente de datos

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1987–1999, Encuestas Nacionales de Empleo Urbano (microdatos).

———, y Secretaría del Trabajo y Previsión Social, 1993, *Encuesta Nacional de Empleo, 1991*, Aguascalientes.

Secretaría de Programación y Presupuesto, 1980, *Encuesta Continua Sobre Ocupación*, serie 1, vol. 7, 1er. trimestre de 1979, México.

recibido en marzo de 2003
aceptado en mayo de 2003